

6 de septiembre de 2026 – 23.º Domingo del Tiempo Ordinario

Ez 33,7–9; Rom 13,8–10; Mt 18,15–20

INTRODUCCIÓN

Había una vez un pequeño pueblo en las montañas cuyos habitantes dependían de un estrecho puente para cruzar un profundo barranco. Cada tarde, un anciano caminaba hasta el puente llevando una lámpara. Algunos se burlaban de él y le decían: «¿Para qué te molestas? Todos conocen el camino». Pero una noche de espesa niebla, la luz de la lámpara permitió descubrir que una parte del puente se había derrumbado después de unas fuertes lluvias. Gracias a que aquel anciano había permanecido fiel a su silenciosa tarea, muchas vidas se salvaron.

En las lecturas de hoy, Dios nos recuerda que la fe nunca es un asunto privado. Como el centinela del que habla el profeta Ezequiel, estamos llamados a preocuparnos unos por otros y a no permanecer indiferentes cuando otros sufren o se apartan del camino de la vida.

San Pablo nos dice que la única deuda permanente es la deuda del amor. El amor cristiano no es sentimental ni pasivo; busca el bien de la otra persona. A veces el amor consuela, a veces advierte, y otras veces habla con paciencia una verdad difícil.

Al reunirnos en la presencia del Señor, que nos une como un solo Cuerpo, reconozcamos las veces en que no nos hemos preocupado por los demás, las veces en que hemos guardado silencio por miedo o hemos hablado sin caridad. Pidamos al Señor misericordia y sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a velar unos por otros con amor y compasión: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú no buscas condenar, sino recuperar a quienes se han extraviado: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos reúnes como un solo Cuerpo y permaneces presente donde dos o tres se reúnen en tu nombre: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso perdone nuestra indiferencia, sane las heridas que nos hemos causado unos a otros, nos fortalezca en la verdad y en la caridad, y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios continúa guiando a su pueblo con amor paciente y nos llama a vivir como una sola familia en Cristo, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y cantemos juntos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llamas a tu pueblo a vivir en el amor mutuo y a cuidarse unos a otros como miembros del Cuerpo de Cristo, concédenos el valor para decir la verdad con humildad, la sabiduría para corregir con compasión, y la gracia para caminar juntos en fidelidad y paz. Que nuestras vidas se conviertan en signos de tu presencia en el mundo, para que nadie se sienta abandonado ni fuera del alcance de tu misericordia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos como un solo pueblo reunido en el nombre de Cristo, y fortalecidos por la fe que la Iglesia nos ha transmitido, profesemos ahora juntos nuestra fe:

HOMILÍA

«¿SOY YO EL GUARDIÁN DE MI HERMANO?»

Hace algunos años, durante la pandemia del Covid, ocurrió algo extraordinario en todo el mundo. Personas que normalmente vivían de manera muy independiente comenzaron de repente a tomar una profunda conciencia de los demás. Usábamos mascarillas no solo para protegernos a nosotros mismos, sino también para proteger a otros. Los abuelos saludaban a sus nietos a través de las ventanas. Voluntarios limpiaban las iglesias

después de cada Misa. Los encargados de la acogida permanecían en las puertas guiando cuidadosamente a las personas hasta sus asientos. Los vecinos visitaban o llamaban a los ancianos que vivían solos para asegurarse de que estuvieran bien.

Un virus invisible enseñó a la humanidad una verdad espiritual que el Evangelio venía enseñando desde siempre: lo que yo hago afecta a los demás. Ninguno de nosotros vive solo. Ninguno de nosotros peca solo. Ninguno de nosotros cree solo. Nos pertenecemos unos a otros.

Esa verdad atraviesa como un hilo de oro las tres lecturas de hoy.

1. Ezequiel, el centinela

En la primera lectura, Dios dice al profeta Ezequiel:

«Te he puesto como centinela para la casa de Israel».

La palabra alemana utilizada en una de las homilías es *Wächter*: un vigilante, un guardián, alguien que permanece sobre la muralla de la ciudad observando el horizonte para detectar cualquier peligro.

En las antiguas ciudades, el centinela era indispensable. Mientras todos dormían, él permanecía despierto. Mientras la gente continuaba con sus actividades ordinarias, él mantenía los ojos abiertos. Si el enemigo se acercaba y el centinela guardaba silencio, el desastre era inevitable.

Una reflexión comparaba esta misión con las antiguas Torres Martello construidas a lo largo de las costas para vigilar posibles invasiones. Otras la comparaban con los modernos sistemas de alerta temprana para terremotos, tormentas o fallos de aeronaves. Construimos sistemas de advertencia porque un peligro ignorado puede convertirse en una catástrofe.

Y Dios le dice a Ezequiel:

«Ese es tu papel en el plano espiritual».

El profeta no es llamado a condenar a las personas, sino a advertirlas, despertarlas y llamarlas nuevamente a la vida.

Una de las homilías alemanas reflexionaba profundamente sobre una expresión inquietante de una determinada traducción:

«Debes advertirles contra mí».

El predicador confesó que esa expresión le había desconcertado. ¿Es Dios alguien contra quien debemos advertir a las personas? Pero luego descubrió que el hebreo se traduce mejor así:

«Adviérteles en mi nombre».

Eso cambia completamente el sentido.

Dios no es un tirano deseoso de castigar. Dios es el Padre amoroso que advierte porque quiere vida y no destrucción.

Unos versículos más adelante, Ezequiel dice:

«No me complazco en la muerte del malvado, sino en que se convierta de su conducta y viva».

Dios advierte porque ama.

2. «¿Soy yo el guardián de mi hermano?»

Después de que Caín mató a Abel, Dios le preguntó:

«¿Dónde está tu hermano?»

Y Caín respondió:

«¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?»

La respuesta del Evangelio es muy clara:

Sí.

No de manera controladora.

No de manera condenatoria.

Sino de manera amorosa y responsable.

Estamos conectados.

San Pablo nos dice hoy:

«No tengáis con nadie otra deuda que la del amor mutuo».

Esa es la única deuda que nunca terminamos de pagar.

Un predicador alemán describió bellamente el amor como «un barril sin fondo». Nunca se llega al final. El amor de Dios jamás dice: «¡Basta! Ya he terminado contigo».

Y porque Dios continúa amándonos sin medida, también nosotros estamos llamados a amar a los demás con ese mismo amor perseverante.

3. Dos maneras equivocadas

El Evangelio de hoy habla de corregir a un hermano o hermana que se ha extraviado. Pero Jesús es muy cuidadoso al explicar cómo debe hacerse.

Una de las reflexiones alemanas señalaba que normalmente caemos en dos errores opuestos.

El primero es el silencio.

Vemos a alguien destruyéndose a sí mismo —quizás por una adicción, por la deshonestidad, por el resentimiento, por la infidelidad o por compromisos morales equivocados— y decimos:

«No es asunto mío».

Pero el amor no siempre puede permanecer callado.

Un padre que ve a su hijo caminar hacia un peligro le gritará una advertencia. Un médico que descubre un cáncer no puede sonreír cortésmente y guardar silencio. El verdadero amor, a veces, debe decir verdades difíciles.

El segundo error es la murmuración.

En lugar de hablar con la persona, hablamos acerca de la persona.

Un predicador alemán dijo algo impactante:

«Al final del mes, todos en el pueblo han hablado del asunto, excepto la persona interesada».

La murmuración es cobardía disfrazada de preocupación.

Jesús propone otro camino:

- primero, hablar en privado;
- después, involucrar con delicadeza a otros si es necesario;
- siempre buscando no la humillación, sino la sanación.

Dos veces el Evangelio afirma que el objetivo es:

«ganar a tu hermano».

No derrotarlo.

No avergonzarla.

Sino salvar la relación.

4. El amor que se atreve a hablar

Un maestro observó un día que uno de sus alumnos se estaba volviendo retraído y enojado. Sus calificaciones bajaron. Sus amistades desaparecieron. Lo más fácil habría sido ignorar la situación.

Sin embargo, el profesor le pidió que se quedara unos minutos después de clase.

Al principio el joven reaccionó a la defensiva:

«¿Por qué se mete en mis asuntos?»

Pero finalmente rompió a llorar y confesó que sus padres se estaban separando y que por dentro se estaba derrumbando.

Años después, aquel joven dijo:

«Esa conversación me salvó. Por primera vez comprendí que alguien se había dado cuenta de lo que me pasaba».

A veces, lo más amoroso que podemos hacer es atrevernos a tener una conversación incómoda.

San Pablo dice:

«El amor no hace mal al prójimo».

El amor auténtico no es una blandura sentimental. El amor busca el bien de la otra persona, incluso cuando la verdad resulta dolorosa.

El mismo Jesús actuó así con Pedro. Jesús amaba profundamente a Pedro, pero cuando este se convirtió en un obstáculo, lo corrigió con firmeza.

El amor y la verdad van siempre unidos.

5. Nos influimos espiritualmente unos a otros

Una de las reflexiones en inglés dice algo muy importante:

«Ninguno de nosotros camina hacia Dios en solitario».

Es una verdad profunda.

Algunas personas nos ayudaron a acercarnos más a Dios:

- una abuela que rezaba;
- un maestro que creyó en nosotros;
- un sacerdote que nos escuchó;
- un amigo que nos animó.

Otras quizá desalentaron la fe mediante la hipocresía, la dureza o el mal ejemplo.

Cada uno de nosotros está influyendo espiritualmente en alguien, para bien o para mal.

La mujer samaritana encontró a Jesús junto al pozo e inmediatamente llevó a otros hacia Él.

Pedro, en un momento, fue roca; en otro, piedra de tropiezo.

Nosotros también podemos convertirnos en:

- ventanas que ayudan a las personas a ver a Cristo;
- o muros que les impiden contemplarlo.

6. La Iglesia como Cuerpo vivo

San Pablo comprendía la Iglesia como el Cuerpo de Cristo.

Si una parte sufre, todo el cuerpo sufre.

Si una parte está sana, todo el cuerpo se beneficia.

Eso significa que:

- tu oración fortalece a la Iglesia;
- tu bondad fortalece a la Iglesia;
- tu fidelidad fortalece a la Iglesia.

Y también que:

- el resentimiento oculto debilita a la Iglesia;
- el egoísmo debilita a la Iglesia;
- el escándalo debilita a la Iglesia.

Nos pertenecemos espiritualmente unos a otros.

Por eso los santos son tan importantes. Las personas santas crean espacio para Dios en el mundo.

Una de las reflexiones lo expresaba de manera hermosa:

«En la medida en que permitimos que Cristo viva en nosotros, creamos espacio para que Él viva también en los demás».

7. Una historia para concluir

Había una vez un guardián de faro que servía en una costa rocosa y peligrosa. Cada mes recibía una cantidad limitada de aceite para mantener encendida la luz del faro.

Una noche, un vecino vino a pedirle aceite para una lámpara. Otro necesitaba un poco para cocinar. Otro más pedía algo para calentarse.

El guardián dio un poco a cada uno.

Al final del mes, el aceite casi se había agotado.

Aquella noche, la luz del faro se apagó.

Un barco chocó contra las rocas y muchas vidas se perdieron.

La investigación posterior concluyó:

«El guardián del faro descuidó su deber principal».

Hermanos y hermanas, todo cristiano está llamado a mantener encendida una luz espiritual.

Estamos llamados a velar unos por otros,
a orar unos por otros,
a animarnos mutuamente,

a corregirnos con humildad y amor,
y a conducirnos unos a otros hacia Cristo.

No con dureza.

No con arrogancia espiritual.

Sino con el corazón de Jesús.

Porque, al final, el cristianismo no trata solamente de
«Dios y yo».

Se trata de llegar a ser juntos el Cuerpo de Cristo,
donde nadie camina solo, nadie es abandonado,
y nadie queda fuera del alcance de la verdad y del amor.
Y cuando vivimos de esa manera, la promesa de Jesús se
hace realidad:

«Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy
yo en medio de ellos». Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio
se convierta en una ofrenda de amor y reconciliación,
fortalezca la unidad de la Iglesia y nos ayude a guiarnos
mutuamente hacia Cristo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que ponemos sobre tu
altar y, por medio de este santo sacrificio, enséñanos a
amarnos unos a otros con sinceridad y verdad.

Que esta Eucaristía fortalezca nuestra comunión como
Cuerpo de Cristo y nos convierta en testigos fieles de tu
misericordia en el mundo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu sabiduría y amor
no nos creaste para caminar solos,
sino que nos reuniste como un solo pueblo,
unido en la fe, la esperanza y la caridad.

Nos llamas a velar unos por otros con corazón compasivo,

a animar a los débiles,
a restaurar a quienes se extravían
y a llevar las cargas de los demás con amor.

En tu Hijo, Jesucristo,
la verdad y la misericordia se encuentran perfectamente,
porque Él no vino a condenar al pecador,
sino a conducir a todos hacia la vida.

Por Él haces de la Iglesia un Cuerpo vivo,
donde cada acto de bondad fortalece a todos,
cada oración sostiene a los cansados,
y cada testimonio fiel se convierte en una luz en medio de
la oscuridad.

Por eso, con los Ángeles y los Santos,
te alabamos sin cesar diciendo: **Santo, Santo, Santo**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como una sola familia en Cristo, y confiando en
el Padre que nos llama a cuidarnos mutuamente con amor
y verdad, oremos con confianza las palabras que nuestro
Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
nunca nos volvamos indiferentes ante las necesidades de
los demás, sino que vivamos como discípulos fieles,
apoyándonos mutuamente en la verdad y en el amor,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú nos enseñaste a buscar la reconciliación
y prometiste permanecer presente
donde dos o tres se reúnen en tu nombre.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe y la caridad de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que nos llama a la comunión con Él y entre nosotros,
que sana a los corazones heridos
y nos reúne como un solo Cuerpo.

Dichosos los invitados a la Cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
nos has alimentado con tu Cuerpo y tu Sangre
y nos has recordado que nadie camina solo.
Enséñanos a estar atentos por amor,
a corregir con mansedumbre,
a ser fieles en la oración
y generosos en la compasión.
Que tu presencia entre nosotros
haga de nuestros hogares, de nuestra parroquia y de
nuestros corazones
lugares donde otros encuentren tu verdad y tu
misericordia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que, fortalecidos por este sacramento
celestial, permanezcamos unidos en el amor mutuo
y fieles en el cuidado de unos por otros como miembros
del Cuerpo de Cristo.

Que la gracia que hemos recibido
brille en vidas llenas de compasión, verdad y
reconciliación. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los mantenga vigilantes en la
fe. Amén.

Que llene sus corazones de compasión y valentía
para guiarse y sostenerse mutuamente en el amor.
Amén.

Que haga de sus vidas una luz para quienes buscan
esperanza, verdad y paz. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor mediante el cuidado mutuo en la verdad y en el amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«El amor cristiano es más que bondad; es el valor de preocuparse lo suficiente por los demás como para guiarlos hacia Cristo.»

7 de septiembre de 2026 – Lunes de la 23.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 5,1–8; Lc 6,6–11

Cristo, el sanador, transforma lo que está marchito en esperanza de gloria.

INTRODUCCIÓN

En un museo silencioso, un restaurador pasó semanas trabajando en una pintura que muchos consideraban imposible de reparar. Sin embargo, bajo capas de deterioro y colores desvaídos, fue descubriendo poco a poco una belleza oculta que nunca había desaparecido por completo. Lo que parecía arruinado fue restaurado pacientemente por manos expertas y cuidadosas. Esa imagen nos recuerda cuán fácilmente descartamos aquello que parece débil, herido o incompleto. Pero Dios ve de manera diferente. Donde nosotros vemos limitaciones, Cristo ve la posibilidad de sanación y renovación. San Pablo nos recuerda hoy que «Cristo entre ustedes» es ya nuestra «esperanza de gloria».

En el Evangelio, Jesús se encuentra con un hombre que tenía una mano paralizada. Mientras otros se concentran en las reglas y en el juicio, Jesús se concentra en devolver la vida. Se niega a dejar intacto el sufrimiento y nos revela que la misericordia está siempre en el corazón de la ley de Dios.

Al reunirnos ante el Señor, reconocemos las veces en que nos resistimos a su obra sanadora en nosotros. Pedimos perdón por las ocasiones en que hemos juzgado con dureza, hemos ignorado el sufrimiento de los demás o hemos permitido que nuestro corazón se endureciera. Volvámonos ahora hacia el Señor y busquemos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú ves más allá de nuestras heridas y restauras lo que está roto: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú sanas con compasión y llevas esperanza allí donde los corazones se han cansado:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a vivir en la sinceridad, la verdad y la libertad de tu amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que envió a su Hijo para sanar lo que estaba herido y restaurar en nosotros la esperanza de la gloria, perdone nuestros pecados, ablande lo que se ha endurecido en nuestro interior y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de tu Hijo revelaste tu misericordia restaurando a los quebrantados y dando esperanza a los heridos, concédenos acoger en nuestra vida la presencia sanadora de Cristo y ser renovados en la sinceridad, la verdad y el amor compasivo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un anciano maestro artesano contaba que un día recibió una vasija antigua que estaba agrietada y rota en varios pedazos. Muchos pensaban que era imposible recuperarla y aconsejaban desecharla. Sin embargo, él reunió cuidadosamente cada fragmento, limpió las piezas una por una y las unió con paciencia. Al finalizar, la vasija no solo había recuperado su forma, sino que también mostraba una belleza nueva que antes pasaba desapercibida.

Esta imagen nos ayuda a comprender el Evangelio de hoy. Jesús entra en la sinagoga y encuentra a un hombre con una mano paralizada. No duda, no calcula las consecuencias ni se deja intimidar por quienes lo observan. Ve a una persona que puede ser restaurada y le devuelve la plenitud de la vida.

San Pablo habla de Cristo como nuestra «esperanza de gloria», pero también como una presencia viva que ya habita entre nosotros. No se trata de una esperanza lejana reservada únicamente para el futuro. Es una fuerza

presente: Cristo actuando dentro de lo que está roto, entrando en la realidad del sufrimiento humano y transformándola desde dentro.

Sin embargo, la lectura de la primera carta a los Corintios también nos advierte sobre la «levadura vieja», esa corrupción silenciosa que se extiende cuando el pecado no es enfrentado. Pablo invita a la comunidad a convertirse en una masa nueva, renovada en la sinceridad y la verdad. El contraste es claro: donde Cristo sana y renueva, el pecado endurece lentamente el corazón y deforma nuestra manera de ver y actuar.

Los fariseos del Evangelio han caído precisamente en ese endurecimiento. Observan a Jesús no para comprenderlo, sino para acusarlo. Miran la realidad a través de la sospecha. Y cuando se mira con sospecha, incluso la misericordia puede parecer una falta.

Jesús, en cambio, no permite que el juicio de los demás determine su misión. Da un paso al frente y sana en sábado, revelando que el amor nunca queda suspendido

por límites legales. La ley alcanza su plenitud cuando la vida es restaurada, no cuando es restringida.

Aquí es donde el Evangelio toca profundamente nuestra propia existencia. Cristo sigue entrando en las «sinagogas» de nuestra vida, esos espacios interiores donde se acumulan nuestros hábitos, temores, heridas y fragilidades. No entra como un simple observador, sino como médico y salvador. Toca aquello que muchas veces escondemos o consideramos imposible de sanar.

Y esta presencia no se refiere solamente al momento presente; también es nuestra esperanza de gloria. Lo que Cristo comienza ahora mediante su obra de sanación, lo llevará a plenitud en la vida eterna. Cada acto de restauración que experimentamos hoy es un anticipo de lo que estamos llamados a ser plenamente en él.

Al final queda una imagen sencilla pero profunda. Un viejo relojero recibió un reloj que llevaba años detenido. Muchos afirmaban que ya no tenía valor alguno. Sin embargo, abrió cuidadosamente el mecanismo, limpió cada pieza,

sustituyó las partes dañadas y volvió a ponerlo en marcha. Cuando el reloj comenzó nuevamente a marcar el tiempo con regularidad, no solo había sido restaurado un objeto; también había recuperado su ritmo aquello para lo que había sido creado.

Del mismo modo, Cristo entra en nuestra vida para restaurar lo que parece perdido. Él no se fija primero en nuestras heridas, sino en la posibilidad de transformarlas. Allí donde otros ven fracaso o debilidad, él ve una nueva oportunidad para que la gracia de Dios se manifieste. Y cuando permitimos que su amor nos toque, lo que estaba marchito vuelve a florecer y la esperanza comienza a renacer.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones humildes y abiertos, se conviertan para nosotros en signo de la presencia sanadora de Cristo y sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas que presentamos sobre tu altar, y, por el poder de este sacrificio, sana lo que está debilitado en nosotros, renuévanos en la verdad de tu amor y fortalece nuestra esperanza en Cristo, que restaura todas las cosas. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque, en tu misericordia, enviaste a tu Hijo entre
nosotros como sanador y restaurador de todo lo que el
pecado había herido.

Cuando los corazones se endurecieron y la compasión fue
olvidada, él reveló la plenitud de tu amor
restaurando a los débiles, levantando a los abatidos
y dando esperanza a quienes se sentían
irremediabilmente perdidos.

En él, tu pueblo descubre la esperanza de la gloria,
porque no abandona lo que es frágil,
sino que lo renueva pacientemente mediante la gracia y la
verdad.

Por su muerte y resurrección,
hace nuevas todas las cosas
y nos conduce hacia la plenitud de la vida eterna.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como hijos cuyos corazones heridos han sido
sanados y restaurados por Cristo, y confiando en la
esperanza de gloria que él ha puesto dentro de nosotros,
oremos con confianza al Padre con las palabras que
nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y libera nuestros corazones de toda dureza que nos aleja de tu misericordia.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por la presencia sanadora de Cristo,
vivamos en esperanza y sinceridad,
mientras aguardamos la feliz Esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú restauraste a los heridos y llevaste la paz a los corazones atribulados.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es aquel que sana lo que está herido
y restaura en nosotros la esperanza de la gloria.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Cristo no se aparta de lo que está roto.
Entra pacientemente en las heridas ocultas de nuestra vida,
restaurando lo que se ha marchitado
y renovando la esperanza allí donde pensábamos que ya no quedaba ninguna.

En cada gracia recibida, nos recuerda que ninguna vida está fuera del alcance de su amor sanador.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te rogamos,
Señor, que Cristo, que nos ha tocado con su presencia sanadora, continúe renovando nuestros corazones,
nos fortalezca en la verdad y en la compasión,
y nos conduzca hacia la gloria que prometes a tu pueblo fiel. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesucristo, que restauró la mano paralizada y renovó a los corazones quebrantados, sane todo lo que está herido en ustedes y los fortalezca en la esperanza y en la paz. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al llevar sanación, misericordia y Esperanza a todos aquellos que encuentren en su camino.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cristo no nos ve como personas imposibles de reparar. Donde otros pueden ver debilidad o fracaso, él ve la posibilidad de restauración. Cuando le permitimos tocar las heridas de nuestra vida, lo que estaba marchito puede volver a vivir, y la esperanza comienza a florecer.

8 de septiembre de 2026 – Martes

Natividad de la Santísima Virgen María

Miq 5,1–4a (o Rom 8,28–30); Mt 1,1–16.18–23

INTRODUCCIÓN

Un conservador de museo recibió una vez una colcha vieja y gastada que una familia había donado al vaciar una antigua granja. A primera vista parecía algo común: tela descolorida, costuras irregulares, nada extraordinario. Pero al examinarla con cuidado, aparecieron bordados ocultos bajo la superficie: nombres, fechas y símbolos tejidos discretamente entre las costuras. Lo que parecía insignificante en realidad llevaba consigo una historia transmitida a través de generaciones.

Hoy, al celebrar la Natividad de la Santísima Virgen María, recordamos también otro comienzo escondido. El nacimiento de María pasó desapercibido a los ojos del mundo; sin embargo, en ella Dios estaba preparando la venida de Emmanuel, Dios-con-nosotros. En aquel comienzo silencioso, la salvación ya estaba siendo entretejida en la historia de la humanidad.

La genealogía que escuchamos en el Evangelio de hoy nos recuerda que Dios obra pacientemente a través de vidas ordinarias, familias imperfectas y momentos ocultos. El Espíritu Santo guía silenciosamente la historia hacia su plenitud, preparando a María para convertirse en la Madre del Salvador.

Al reunirnos para celebrar esta Eucaristía, reconocemos que Dios también está actuando en los lugares ocultos de nuestra propia vida. Sin embargo, muchas veces no confiamos en su presencia silenciosa o resistimos su gracia. Por eso, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar dignamente estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres Emmanuel, el Dios que se acerca a su pueblo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú fuiste formado en el seno de María por el poder del Espíritu Santo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú continúas moldeando nuestras vidas silenciosamente con tu gracia y misericordia:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que entreteje pacientemente su gracia en los momentos ocultos de nuestra vida y nos llama a parecernos cada vez más a su Hijo, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que preparaste a la Santísima Virgen María para llegar a ser la Madre de tu Hijo mediante la acción silenciosa de tu Espíritu Santo,

concédenos que, al celebrar su santo nacimiento, aprendamos a confiar en tu gracia escondida que actúa dentro de nosotros

y nos abramos cada vez más a tu voluntad salvadora.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un maestro de escuela secundaria pidió una vez a sus alumnos que elaboraran su árbol genealógico como parte de un proyecto de historia. Uno de los estudiantes, poco interesado al principio, comenzó a hacer preguntas en casa. Lo que parecía una tarea sencilla terminó revelando una sorpresa: un antepasado que había emigrado en circunstancias muy difíciles y cuyo valor había marcado profundamente la vida de toda la familia. Lo que parecía un ejercicio rutinario se convirtió en un descubrimiento de identidad.

La genealogía de Jesús que presenta san Mateo funciona de manera semejante. No es simplemente una lista de nombres; es la historia de Dios actuando pacientemente a través de generaciones, incluyendo a personas inesperadas, olvidadas e incluso marcadas por la fragilidad humana. Al final de esa larga cadena humana aparece María: silenciosa, humilde y oculta, pero elegida

para que por medio de ella la promesa de Dios entrara en la historia.

La grandeza de María no consiste en ser visible, sino en estar disponible para Dios. Su “sí” es el momento en que la apertura humana se encuentra con la iniciativa divina. Preparada por el Espíritu Santo para la misión que contemplamos en el Evangelio, ella se convierte en el espacio vivo donde el Hijo de Dios toma carne. Toda su vida está moldeada por el Espíritu que la prepara para esta misión única.

Al niño que nacerá de ella se le dan dos nombres: Jesús, que significa “el Señor salva”, y Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”. No son títulos poéticos, sino revelaciones de quién es Dios. Él entra en nuestra historia humana, no como alguien distante ni abstracto, sino como Salvador cercano y presente. En los brazos de María, la cercanía de Dios se hace visible.

El mismo Espíritu Santo que cubrió a María con su sombra continúa formando la vida de los creyentes. Ella se

convierte en modelo para todo discípulo: apertura, confianza y entrega. No es solamente la Madre de Jesús, sino también la primera en mostrar lo que significa vivir plenamente dócil al Espíritu de Dios.

San Pablo nos recuerda que el propósito de Dios es configurarnos a la imagen de su Hijo. Ese proceso es lento y con frecuencia permanece oculto, como el crecimiento de una semilla bajo la tierra. Sin embargo, es real. Cada acto de fe, cada momento de confianza y cada entrega a la voluntad de Dios forman parte de esa transformación.

La Natividad de María, por tanto, no habla solamente de su comienzo, sino también del nuestro. En ella vemos lo que la humanidad puede llegar a ser cuando se abre plenamente a Dios. Ella nos muestra que la santidad no surge de repente, sino que se va tejiendo silenciosamente mediante una entrega constante a la gracia.

Una partera recordaba haber asistido al nacimiento de un niño en una aldea remota. El bebé llegó al mundo de manera tranquila, casi inadvertida en comparación con

otros partos que había atendido. Sin embargo, años después, aquel mismo niño llegó a ser un maestro que transformó toda la comunidad. Ella solía decir que nunca olvidó aquella noche, no por lo que vio entonces, sino por lo que estaba oculto y que un día llegaría a manifestarse.

El nacimiento de María es semejante a ese comienzo silencioso: sencillo, escondido, pero llevando en sí la presencia de Emmanuel. Y en cada comienzo humilde tocado por la gracia, Dios continúa acercándose a nosotros, repitiendo al mundo: “Yo estoy con ustedes”.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con alegría en la Natividad de la Santísima Virgen María, se conviertan para nosotros en signos de la obra silenciosa y fiel de Dios entre su pueblo, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que la humanidad de tu Unigénito venga, Señor, en nuestra ayuda; y que él, que al nacer de la Santísima Virgen no disminuyó, sino que consagró su integridad virginal, nos libre ahora de nuestras malas acciones y haga agradable ante ti nuestra ofrenda.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en la Natividad de la Santísima Virgen María
manifestaste los comienzos silenciosos de tu plan de
salvación.

A través de generaciones escondidas en la historia
humana, tu Espíritu preparó a una humilde hija de Israel
para llegar a ser la Madre de Emmanuel, Dios-con-
nosotros.

En ella, tu gracia ya estaba actuando antes de que el

mundo pudiera contemplar su pleno cumplimiento.

Por su entrega fiel, tu Palabra eterna tomó carne entre
nosotros, acercando la salvación a toda la humanidad.

Por eso, unidos a los ángeles y a los santos,
te alabamos proclamando sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confianto en el Padre, cuya amorosa providencia guía
silenciosamente todas las cosas hacia la salvación, y
siguiendo el ejemplo de María, que confió plenamente en
su voluntad, oremos juntos con las palabras que nuestro
Salvador nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por la gracia de tu Espíritu Santo,
confiemos en tu obra escondida en nuestra vida
y permanezcamos fieles a tu voluntad salvadora, mientras
esperamos la gloriosa Venida de nuestro Salvador
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres Emmanuel, Dios-con-nosotros, que entraste en nuestra historia humana por medio de la humilde fe de María.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad, concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
éste es Emmanuel, Dios-con-nosotros,
nacido gracias a la humilde apertura de María
para quitar el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios suele comenzar sus obras más grandes en silencio.
El nacimiento de María pareció algo oculto y ordinario,
pero por medio de ella el Salvador entró en el mundo.

El Espíritu Santo continúa actuando del mismo modo en nosotros: a través de pequeños actos de confianza, de una fidelidad Escondida y de una entrega paciente. Lo que hoy parece pasar desapercibido puede convertirse mañana en el lugar donde Emmanuel se manifieste.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que tu Iglesia se alegre, Señor,
porque la has renovado con estos sagrados misterios,
mientras celebra gozosa la Natividad de la Santísima Virgen María, que fue para todo el mundo
esperanza y aurora de salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que preparó silenciosamente a la Santísima Virgen María para ser la Madre de su Hijo, los fortalezca en la confianza y en la apertura a su gracia. Amén.
Que Cristo, Emmanuel, Dios-con-nosotros,
permanezca cerca de ustedes en cada momento oculto y difícil de la vida. Amén.

Que el Espíritu Santo, que formó a María como morada del Salvador, continúe transformándolos en fieles discípulos de Cristo. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor y confiando en su obra silenciosa en sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Las obras más grandes de Dios suelen comenzar en silencio. Como María, quizá no siempre podamos ver lo que la gracia está realizando dentro de nosotros, pero cada acto de confianza y de entrega permite que Emmanuel, Dios-con-nosotros, se haga cada vez más visible en el mundo.

9 de septiembre de 2026 – Miércoles de la XXIII Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 7,25-31; Lc 6,20-26

La inversión de valores que realiza Dios se revela en la dignidad escondida de la vulnerabilidad humana.

INTRODUCCIÓN

Una mañana, un tren de cercanías iba inusualmente lleno. Todos los asientos estaban ocupados y las personas permanecían de pie, hombro con hombro, en silencioso cansancio. En una estación subió una anciana que llevaba varias bolsas de compras y claramente tenía dificultades para sostenerlas. Al principio nadie se movió; las miradas permanecían fijas en los teléfonos, en las ventanas o en cualquier lugar menos en ella. Entonces, un adolescente, que hasta ese momento había pasado desapercibido, se levantó y le ofreció su asiento. Lo que para algunos fue algo ordinario se convirtió en una pequeña revelación de cómo la bondad puede abrirse paso en medio de la indiferencia.

Momentos como este ponen de manifiesto, silenciosamente, la manera en que medimos el valor y la comodidad. Solemos fijarnos en la fortaleza, el éxito y la autosuficiencia, mientras que la vulnerabilidad con frecuencia es ignorada o evitada. Sin embargo, en los gestos más sencillos de atención y cuidado comienza a surgir una forma diferente de contemplar la vida. El Evangelio de san Lucas que escuchamos hoy nos presenta una inversión semejante de nuestra manera de ver. Jesús llama bienaventurados a los pobres, a los hambrientos y a los que lloran, y advierte a los ricos, a los satisfechos y a los que se sienten seguros de sí mismos. A primera vista, esto nos desconcierta, porque contradice los criterios con los que normalmente funciona la sociedad.

Por eso, al entrar en esta Eucaristía, pidamos al Señor que nos libere de la ilusión de la autosuficiencia, que abra nuestros ojos para reconocer su presencia en los más vulnerables y que nos enseñe dónde se encuentra la verdadera bendición. Con corazones humildes, acudamos ahora a Él y pidamos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú te hiciste pobre para que descubriéramos las riquezas de la misericordia de Dios: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú te acercas a los hambrientos, a los afligidos y a los olvidados: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos adviertes contra los corazones cerrados por la comodidad y la confianza excesiva en sí mismos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos libre de la ceguera del orgullo y de la autosuficiencia, nos enseñe a reconocer su presencia en los pobres y vulnerables, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que revelas las riquezas de tu Reino a través de los humildes, los pobres y los que confían de corazón en ti, libranos del apego a las cosas pasajeras

y enséñanos a buscar nuestra seguridad solamente en ti, para que, atentos al sufrimiento y a la fragilidad de nuestros hermanos, lleguemos a ser testigos del tesoro imperecedero de tu misericordia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre pasaba cada mañana frente a una pequeña tienda ambulante mientras se dirigía al trabajo. La vendedora, una anciana, ofrecía frutas sencillas y con frecuencia permanecía sentada sola bajo el frío. Un día él notó que estaba enferma; sus manos temblaban mientras contaba las monedas para dar el cambio. Desde entonces comenzó a comprarle algo pequeño cada día, no porque lo necesitara, sino porque quería que ella supiera que alguien la veía y la valoraba.

Las palabras de Jesús en el Evangelio de san Lucas comienzan precisamente aquí: aquello que el mundo suele

despreciar, Dios lo llama bienaventurado. La pobreza, el hambre y el dolor no son elogiados como bienes en sí mismos, sino como lugares donde la cercanía de Dios puede experimentarse de manera más profunda. En esos espacios, la autosuficiencia deja paso a la dependencia de Dios y el corazón se abre a su gracia.

Con frecuencia suponemos que la bendición se encuentra en la abundancia y en el control de las circunstancias. Sin embargo, Jesús cuestiona esa manera de pensar. Él insiste en que quienes carecen de tantas cosas no han sido abandonados, sino que ya están siendo atraídos hacia la promesa de Dios: «De ustedes es el Reino».

Un empresario exitoso se enorgullecía de no necesitar ayuda de nadie. Su agenda siempre estaba llena, su mesa nunca carecía de nada y en público parecía siempre alegre y seguro. Pero cuando una enfermedad repentina lo golpeó, descubrió cuán frágiles eran sus certezas. En medio de aquel vacío comenzó a orar por primera vez en

muchos años, no para pedir éxito, sino simplemente para sentirse sostenido por Dios.

Los «ayes» del Evangelio no son condenas de la riqueza o de la alegría en sí mismas, sino advertencias contra el encierro en uno mismo, cuando la comodidad se convierte en ceguera y la abundancia hace olvidar la dependencia de Dios. El peligro no está en poseer bienes, sino en llegar a pensar que ya no necesitamos al Señor.

Una joven madre pasó toda una noche sentada junto a su hijo en el pasillo de un hospital. No tenía nada que ofrecerle, excepto su presencia amorosa. Más tarde confesó que en aquellas horas, despojada de distracciones y seguridades, se sintió sostenida por Dios con una profundidad que jamás había experimentado en medio de todos sus logros anteriores.

El recordatorio de san Pablo de que «la apariencia de este mundo pasa» no es un mensaje de desesperanza, sino de claridad espiritual. Nos invita a vivir con libertad interior, a no aferrarnos a lo que se desvanece, sino a invertir

nuestra vida en aquello que permanece para siempre: el amor, la misericordia y la fe.

Un anciano decidió regalar gran parte de sus pertenencias después de jubilarse. Cuando le preguntaron la razón, respondió sencillamente que deseaba presentarse ante Dios «con las manos ligeras». En su sencillez, quienes lo conocían no vieron una pérdida, sino una verdadera libertad.

Y así el Evangelio nos deja una pregunta: ¿dónde buscamos nuestra bendición? ¿En lo que poseemos o en el Dios que se acerca a nosotros de manera más íntima precisamente cuando reconocemos nuestra necesidad? Escuchemos una última historia.

Un niño observó que un compañero de escuela había olvidado su almuerzo. Sin pensarlo dos veces, abrió su propia comida y compartió la mitad. Cuando la maestra le preguntó después por qué lo había hecho, respondió con toda naturalidad: «Porque allí era donde estaba la alegría».

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones humildes y confiados, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta las ofrendas que presentamos ante ti como signo de nuestra dependencia de tu gracia.

Mientras este mundo pasa, enséñanos a no aferrarnos a las cosas terrenas y a buscar las riquezas duraderas de la compasión, la misericordia y la fe.

Que este sacrificio haga crecer en nosotros un amor capaz de reconocer tu presencia en los pobres, en los que sufren y en quienes son olvidados.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu Hijo Jesucristo

has revelado el misterio de tu Reino por medio de aquellos a quienes el mundo con frecuencia pasa por alto.

Él proclamó bienaventurados a los pobres, a los hambrientos y a los que lloran,

porque en su apertura y dependencia tu gracia encuentra espacio para habitar.

Cuando los corazones humanos se aferran a la comodidad y a la autosuficiencia, Él los llama nuevamente a la libertad de la confianza.

Cuando las vidas están cargadas de dolor o necesidad, Él se acerca con misericordia y esperanza.

Así, en medio de las realidades pasajeras de este mundo, nos enseñas a buscar los tesoros que permanecen para siempre.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos recuerda hoy que la verdadera bienaventuranza no se encuentra en la autosuficiencia, sino en confiar en el Padre que cuida de los pobres, de los hambrientos y de todos los que dependen de Él. Con corazones humildes, fortalecidos por su Palabra, oremos juntos con la confianza de hijos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos también de la falsa seguridad
que mantiene nuestros corazones cerrados a ti y a los demás.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
aprendamos a confiar no en las riquezas pasajeras,
sino en la promesa eterna de tu Reino,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú revelaste la verdadera bienaventuranza mediante la humildad, la misericordia y la confianza en el Padre.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad,
concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que por nosotros se hizo pobre y llama bienaventurados a los que son vulnerables y confían en Él. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El mundo nos enseña a aferrarnos con fuerza a lo que poseemos, pero Cristo nos enseña a recibir la vida con las manos abiertas.

En los pobres, en los hambrientos, en los afligidos,
y también en nuestros propios momentos de debilidad,
Dios nos revela silenciosamente su cercanía.

Lo que pasa no puede sostenernos para siempre,
pero el amor, la misericordia y la confianza permanecen
delante de Él.

La alegría más profunda muchas veces no se encuentra
en tener más, sino en compartir, en depender de Dios
y en dejarnos sostener por su amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por el Pan de Vida, Señor,
te pedimos que este sacramento afloje nuestro apego a
las cosas pasajeras y fortalezca en nosotros un corazón
lleno de compasión y confianza.

Enséñanos a reconocer a tu Hijo en los vulnerables y
olvidados, y a buscar nuestra alegría duradera
en las riquezas de tu Reino.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor les enseñe a reconocer su presencia en los
pobres y en los vulnerables. Amén.

Que libere sus corazones de toda falsa seguridad
y los fortalezca en la confianza y en la compasión. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al buscarlo
en los vulnerables, en los olvidados y en los necesitados.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdadera bendición no consiste en poseer más, sino
en descubrir que Dios está más cerca allí donde el
corazón aprende a depender, a compartir y a amar.

10 de septiembre de 2026 – Jueves de la XXIII Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 8,1–7.11–13; Lc 6,27–38

“El amor misericordioso de Dios que recibimos se convierte en amor misericordioso vivido.”

INTRODUCCIÓN

Una vez, un joven estudiante estaba delante de su clase sosteniendo una pequeña lonchera arrugada. Durante semanas, otro compañero había estado tomando comida de ella, en silencio y sin permiso. Cuando finalmente la maestra se dio cuenta y le preguntó por qué nunca se había quejado, el niño respondió sencillamente: “Si empiezo a odiarlo, perderé más que mi almuerzo”. El salón quedó en silencio, sorprendido por una sabiduría que no provenía de los libros. Con frecuencia pensamos que la justicia estricta y la autoprotección son las formas más elevadas de sabiduría. Sin embargo, la vida nos sigue poniendo delante situaciones en las que la sola justicia no puede sanar lo que está roto entre las personas. Se necesita algo más profundo, algo que toque el corazón y no solo que ajuste cuentas.

Las lecturas de hoy nos conducen precisamente a esa profundidad. Nos hablan de un amor que no calcula, de una misericordia que no excluye y de una libertad que no se mide por lo que podemos hacer, sino por aquello que ayuda a los demás a crecer en el amor. Por

eso, al comenzar esta celebración, reconocemos las veces en que hemos amado de manera selectiva, hemos juzgado con rapidez o nos hemos colocado en el centro de nuestras relaciones. Volvámonos al Señor, que es bondadoso con los ingratos y los malos, y pidámosle misericordia para aprender sinceramente su camino de amor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú amaste incluso a quienes te rechazaron y se opusieron a Ti: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos enseñas a perdonar como nosotros mismos hemos sido perdonados: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos llamas a ser compasivos como el Padre es compasivo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nunca deja de mostrar misericordia a quienes no la merecen y nos llama a vivir el amor que hemos recibido, perdone nuestros pecados, sane lo que está herido dentro de nosotros y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que revelas la plenitud de tu amor
en la misericordia dada gratuitamente y compartida
generosamente,
enséñanos a reflejar la compasión de tu Hijo
en nuestros pensamientos, palabras y acciones,
para que, edificadas en la caridad,
lleguemos a ser signos de tu bondad en el mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un bombero regresó un día a las ruinas de una casa cuyo incendio había ayudado a apagar la noche anterior. Entre las cenizas encontró un álbum de fotografías. En lugar de dejarlo como un objeto más entre los escombros, recogió cuidadosamente lo que quedaba y pasó horas tratando de restaurar las imágenes con paciencia y delicadeza.

Cuando le preguntaron por qué se tomaba tantas molestias, respondió: “Porque las personas todavía están en estas páginas”. Aunque el fuego ya se había extinguido, se negó a considerar sin valor aquello que parecía perdido.

El hilo conductor de la Palabra de Dios de hoy es sencillo, pero exigente: “El amor misericordioso de Dios que recibimos se convierte en amor misericordioso vivido.” Todo comienza no con lo que se nos manda hacer, sino con lo que primero hemos recibido: la bondad inmerecida de Dios.

San Pablo recuerda a los corintios que el conocimiento sin amor puede convertirse en orgullo. Algunos insistían en

ejercer su libertad para comer lo que quisieran, olvidando que sus acciones podían herir la conciencia de otros. Para Pablo, la vida cristiana no consiste en defender derechos personales, sino en edificar a los hermanos y hermanas por quienes Cristo murió.

Aquí es donde la libertad adquiere un significado nuevo. No todo lo que es lícito es necesariamente amoroso. No todo lo que está permitido da vida. La advertencia de Pablo es clara: si mi comportamiento destruye la fe o la paz de otra persona, entonces no he comprendido lo que significa pertenecer a Cristo.

Jesús, en el Evangelio, lleva esta enseñanza aún más profundamente al corazón: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian.” No se trata de ideales poéticos, sino de desafíos concretos a nuestros instintos humanos más habituales. El mundo nos enseña a responder de la misma manera que somos tratados; Jesús nos enseña a responder con misericordia.

Y fundamenta esta exigencia aparentemente imposible en la misma naturaleza de Dios: “Sean compasivos como su Padre es compasivo.” No se nos pide fabricar el amor divino únicamente con nuestras fuerzas humanas. Se nos invita a reflejar el amor que ya hemos recibido: un amor que alcanza incluso a quienes no lo merecen.

Por eso se nos prohíbe juzgar, no porque la verdad no importe, sino porque solo Dios ve plenamente. Cuando juzgamos con rapidez, cerramos la puerta a la misericordia. Cuando perdonamos generosamente, volvemos a abrir esa puerta y permitimos que la vida misma de Dios fluya a través de nuestras relaciones.

Dar sin esperar nada a cambio, bendecir a quienes se oponen a nosotros y renunciar a la venganza no es una señal de debilidad. Es la fortaleza de quien ha descubierto que la vida no se asegura defendiéndose constantemente a sí mismo, sino confiando en la abundancia de Dios.

Y esta enseñanza no se vive en teoría. Se manifiesta en las pequeñas decisiones de cada día: si respondemos a la

dureza con más dureza, si excluimos o acogemos, si retenemos la bondad hasta que alguien la merezca. En cada momento, el Evangelio nos pregunta silenciosamente: ¿qué haría la misericordia en esta situación?

Un médico atendió una vez a un prisionero que años antes había participado en el robo durante el cual él mismo resultó herido. El hombre no reconoció al médico al principio. Sin embargo, mientras curaba sus heridas, el médico le dijo simplemente: “Aquí estás seguro”. Más tarde, cuando el prisionero descubrió quién era realmente aquel médico, rompió a llorar, no porque hubiera sido castigado, sino porque no recibió el mismo trato que había dado. En aquella habitación, la misericordia venció silenciosamente lo que la violencia había comenzado.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio se convierta en una ofrenda de misericordia y reconciliación, y sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas sagradas ofrendas, Señor, se conviertan para nosotros en una escuela de amor compasivo, para que, alimentados por el sacrificio de Cristo, aprendamos a buscar no nuestro propio interés, sino el bien y la paz de los demás.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu misericordia nos amaste primero
cuando todavía estábamos lejos de Ti,
y en tu Hijo mostraste al mundo
que la compasión es más fuerte que el odio
y el perdón más poderoso que la venganza.
Por medio de Él nos enseñas
no solo a defender nuestros derechos,
sino a edificarnos mutuamente en el amor,

a bendecir en lugar de maldecir y a dar sin contar el costo.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a pedir la gracia de perdonar como hemos sido perdonados y de amar como ama el Padre:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y libera nuestros corazones de la amargura, la venganza y el orgullo.
Concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por la abundancia de tu misericordia, lleguemos a ser instrumentos de reconciliación y compasión en el mundo, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste a amar a nuestros enemigos y a perdonar sin medida, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos revela la misericordia del Padre y se entrega por la vida del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La misericordia no elimina la verdad; transforma el corazón que la recibe. En Cristo descubrimos que el amor se hace real no en grandes discursos, sino en decisiones silenciosas y concretas: perdonar en lugar de devolver la ofensa, bendecir en lugar de herir, proteger en lugar de destruir la dignidad de los demás. Después de haber recibido la compasión de Dios en esta mesa, somos enviados para permitir que esa misma misericordia tome carne en nuestra vida cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor,
transforme nuestros corazones en la caridad,
para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
reflejemos en nuestra vida
la misericordia que hemos recibido de Ti.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor llene sus corazones con su amor compasivo,
les enseñe a perdonar como han sido perdonados
y los convierta en testigos de misericordia en un mundo
herido.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida
marcada por la misericordia, la compasión y el amor
generoso.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La misericordia se vuelve real cuando el amor que hemos
recibido de Dios es el mismo amor que elegimos ofrecer a
los demás.

11 de septiembre de 2026 – Viernes de la XXIII Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 9,16–19.22b–27; Lc 6,39–42

“La misericordia que sana nuestra mirada y humilla nuestro juicio.”

INTRODUCCIÓN

Un museo recibió una vez lo que parecía ser una pintura arruinada proveniente del almacén de una parroquia. Oscurecida por el humo y cubierta por años de polvo, parecía sin vida y más allá de toda restauración. Sin embargo, cuando un restaurador experto comenzó a limpiarla cuidadosamente, capa tras capa, una belleza escondida empezó a aparecer lentamente debajo de toda aquella suciedad.

Con frecuencia sucede lo mismo en nuestra vida. Podemos mirar a los demás —o incluso a nosotros mismos— y ver solamente defectos, fracasos o decepciones. Nuestra visión se nubla por las heridas, los prejuicios, el orgullo o la impaciencia, y terminamos confundiendo lo que está herido con lo que no tiene valor.

Hoy el Señor nos recuerda que la misericordia sana nuestra mirada. San Pablo reconoce que él mismo juzgó equivocadamente y actuó en la ignorancia, pero Dios no lo abandonó. Por el contrario, la misericordia transformó su vida. También Jesús nos advierte que no juzguemos a los demás mientras permanecemos ciegos ante nuestra propia necesidad de sanación.

Al comenzar esta Eucaristía, pidamos al Señor que limpie los lentes de nuestro corazón, perdone la dureza de nuestros juicios y nos conduzca a la humildad que abre nuestros ojos a la verdad. Y así, nos dirigimos a Él en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú sanas la ceguera de los corazones oscurecidos por el orgullo y los prejuicios: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas a mirar a los demás con compasión y no con condena: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú quitas la viga de nuestros ojos y nos conduces a la luz de la verdad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que es el único que ve con claridad las profundidades de todo corazón humano, nos purifique de los juicios equivocados, sane la ceguera causada por el orgullo y el pecado, y restaure en nosotros la mirada misericordiosa de Cristo; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre misericordioso, tú enviaste a tu Hijo para sanar la ceguera de nuestros corazones
y enseñarnos la humildad que conduce a la compasión.

Aparta de nosotros el orgullo que oscurece nuestro juicio,
para que, viéndonos a nosotros mismos con verdad
y a los demás con misericordia,
caminemos en la luz de tu sabiduría y de tu amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Un hombre acudió una vez a un oftalmólogo convencido de que su vista estaba empeorando rápidamente. Le costaba leer, calculaba mal las distancias y atribuía todo al envejecimiento de sus ojos. Después de un examen minucioso, el especialista limpió suavemente sus gafas y se las devolvió. El hombre quedó avergonzado al descubrir que el problema no estaba en sus ojos, sino en la capa de suciedad acumulada en los lentes, una suciedad a la que ya se había acostumbrado y que había dejado de notar.

La imagen que Jesús utiliza en el Evangelio es muy parecida: impactante e incluso un poco humorística. Una persona intenta sacar la astilla del ojo de otro mientras una viga bloquea su propia visión. No se trata de negar que existan defectos en los demás, sino de recordar que muchas veces el verdadero problema está en nuestra manera de percibir las cosas.

La vida de san Pablo da un rostro concreto a esta enseñanza. Hubo un tiempo en que él se consideraba una

persona de visión clara e incluso justa, mientras perseguía a la Iglesia. Sólo más tarde reconoció la “viga” que había en su propia comprensión. Al mirar hacia atrás, no justifica sus acciones, pero tampoco se condena sin descanso. Más bien, reconoce una verdad más profunda: “Se me mostró misericordia”.

Éste es el primer paso de la sanación: permitir que la misericordia reinterprete nuestro pasado sin negarlo. Pablo no reescribe la historia; permite que Dios entre en ella. Al hacerlo, aprende no sólo a recibir misericordia, sino también a ofrecerla. El ojo sanado se convierte en un ojo misericordioso.

El Evangelio va todavía más lejos: no sólo nos equivocamos acerca de los demás; con frecuencia ni siquiera somos conscientes de cuánto nos equivocamos. Por eso Jesús advierte sobre el peligro de que un ciego guíe a otro ciego. El juicio sin conocimiento de uno mismo se convierte fácilmente en una deformación disfrazada de claridad.

Y, sin embargo, Jesús no nos pide que renunciemos al

discernimiento, sino que lo purifiquemos. Cuando somos sinceros acerca de nuestra propia fragilidad, comenzamos a ver a los demás no como objetos que necesitan corrección, sino como compañeros de camino que también necesitan misericordia. Lo que antes parecía certeza se transforma en humildad.

Aquí es donde la fe se vuelve práctica: no en grandes declaraciones sobre los demás, sino en la disciplina silenciosa de examinar primero nuestra propia visión. La “viga” muchas veces no es la maldad, sino la presunción: nuestra tendencia a creer que vemos sin haber comprendido realmente.

A la luz de esta verdad, la vida cristiana consiste menos en corregir al mundo y más en permitir que Cristo corrija nuestra manera de ver. Y cuando la visión es sanada, el juicio poco a poco da paso a la compasión.

Después de una fuerte lluvia, una niña observaba cómo el sol volvía a iluminar el jardín. Notó una pequeña mancha en el cristal de la ventana y la limpió cuidadosamente con la manga de su suéter. Sonriendo, exclamó: “¡Ahora

puedo ver el jardín mucho mejor!”. En realidad, lo que había cambiado no era el jardín, sino la claridad de su mirada. Muchas veces sucede lo mismo en nuestra vida espiritual: lo que transforma nuestra visión no es el mundo exterior, sino la limpieza interior que el Señor realiza en nuestro corazón.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones humildes y arrepentidos, sean agradables a Dios Padre, que sana nuestra ceguera y nos enseña la misericordia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas que presentamos ante ti y purifica la mirada de nuestros corazones mediante este sagrado misterio, para que ya no juzguemos según las apariencias, sino que aprendamos a mirar con la compasión de Cristo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu misericordia no nos abandonas a la ceguera del orgullo ni de la autosuficiencia, sino que, por medio de tu Hijo, nos llamas a la luz de la verdad.

Él nos enseña a quitar primero la viga de nuestros propios ojos antes de intentar corregir a nuestro prójimo, para que el juicio dé paso a la compasión y la humildad abra nuestros corazones a la gracia.

Por Cristo restauras la claridad de quienes tienen la visión oscurecida por el pecado y nos enseñas a vernos unos a otros como compañeros de camino necesitados de misericordia.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que nos mira no con condena, sino con amor misericordioso:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y especialmente de la ceguera que nos impide vernos a nosotros mismos con verdad y a los demás con compasión. Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos a caminar en la humildad y en la misericordia, apartando de sus corazones todo juicio injusto para que pudieran vivir en paz unos con otros. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que sana la ceguera de nuestros corazones
y nos enseña a mirar con misericordia y verdad.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, cuántas veces hemos mirado a los demás a través del cristal empañado de los prejuicios, la impaciencia o el orgullo. Sin embargo, tú nos has mirado siempre con misericordia. En esta Eucaristía no sólo nos has alimentado; también has comenzado a sanar nuestra visión.

Que la claridad que recibimos de ti nos enseñe a juzgar menos, a comprender más profundamente y a caminar con delicadeza junto a nuestros hermanos y hermanas. Porque cuando el corazón es purificado, el mundo entero comienza a verse de una manera diferente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor,
restaure la claridad de nuestros corazones
y profundice en nosotros el espíritu de humildad y
compasión, para que, transformados por tu misericordia,
podamos ver a los demás con los ojos de Cristo
y vivir como testigos fieles de tu amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor sane la ceguera de sus corazones
y les conceda la humildad que conduce a la sabiduría.
Amén.

Que les enseñe a mirar a los demás con misericordia,
paciencia y compasión.
Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al mirar a los
demás con la misma misericordia que ustedes han
recibido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Con frecuencia, el mayor obstáculo para ver claramente a
los demás no son sus defectos, sino la “viga” que hemos
dejado de notar en nosotros mismos. La misericordia
comienza cuando permitimos que Cristo limpie los lentes
de nuestro corazón.

12 de septiembre de 2026 – Sábado de la 23.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 10,14–22; Lc 6,43–49

Cristo, nuestro fundamento seguro: escuchado en la Palabra, vivido en la verdad y celebrado en la Eucaristía.

INTRODUCCIÓN

Una sala de conciertos estaba llena de expectación mientras un pianista de fama mundial se preparaba para interpretar una obra. El instrumento parecía impecable: madera pulida, teclas relucientes y perfectamente colocado ante el público. Sin embargo, ocultas en su interior, varias cuerdas no habían sido afinadas correctamente después del transporte. Cuando comenzó la interpretación, lo que debía haber sido armonía se convirtió en disonancia, y la belleza de la música quedó debilitada por una inestabilidad que nadie podía ver. Aquel momento se convirtió en una silenciosa lección: lo que sostiene la belleza no es solamente lo que parece impresionante por fuera, sino aquello que está firmemente ordenado en su interior. También en la vida, las

apariencias pueden ocultar inestabilidad. Una vida puede parecer exitosa o religiosa en la superficie y, sin embargo, carecer del fundamento interior que le da firmeza y verdad.

Las lecturas de hoy nos invitan a examinar ese fundamento. San Pablo advierte contra las lealtades divididas, recordándonos que quienes participan de la Eucaristía están llamados a una comunión total con Cristo. Y Jesús enseña que quien escucha su palabra y la pone en práctica es como aquel que construye sobre roca, una roca que ninguna tormenta puede destruir.

Al presentarnos hoy ante el Señor, reconocemos las veces en que hemos construido sobre seguridades pasajeras en lugar de hacerlo sobre Cristo mismo. Confiando en su misericordia, le pedimos que fortalezca nuestros corazones y afiance todo lo que es débil en nosotros mientras nos preparamos para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres la roca sobre la que está edificada tu Iglesia, y sin embargo muchas veces hemos confiado más en nosotros mismos que en tu palabra. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos alimentas con tu Cuerpo y tu Sangre y nos llamas a una comunión fiel contigo, pero nuestros corazones han estado divididos por lealtades que compiten entre sí. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú permaneces firme y misericordioso incluso cuando nos alejamos de ti, y continuamente nos llamas de nuevo a lo que es verdadero y duradero.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que es nuestro fundamento seguro y refugio infalible, fortalezca lo que es débil en nosotros, perdone nuestros pecados, nos conduzca nuevamente a la firmeza de la vida en Cristo y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos has dado a tu Hijo como fundamento permanente de nuestra vida y de nuestra fe; concédenos que, escuchando atentamente su palabra y alimentados por el misterio de su Cuerpo y de su Sangre, permanezcamos firmes en la verdad, fieles en la

comunión y constantes en medio de las pruebas de este mundo pasajero.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una tormenta azotó una vez una ciudad costera y, cuando pasó, dos casas que estaban una al lado de la otra quedaron en condiciones muy diferentes. Una había resistido los vientos y las inundaciones con pocos daños, mientras que la otra se había derrumbado por completo. Para un observador casual, ambas casas parecían igualmente sólidas antes de la tormenta. Solo después quedó claro que aquello que estaba oculto bajo la superficie había marcado toda la diferencia.

Jesús utiliza una imagen semejante en el Evangelio de hoy, recordándonos que lo que permanece oculto determina lo que se manifiesta cuando llegan las tormentas de la vida. La casa construida sobre roca

permanece firme porque su fundamento es seguro; la casa construida sobre arena cae porque no puede soportar la presión. La diferencia no está en la apariencia, sino en la profundidad.

El Señor no habla únicamente del esfuerzo moral, sino de una relación viva con Él. Construir sobre roca significa escuchar sus palabras y permitir que ellas modelen nuestras decisiones, nuestras reacciones y nuestras prioridades. No basta admirar el Evangelio o estar de acuerdo con él en teoría; debe convertirse en la estructura misma de nuestra vida cotidiana.

San Pablo, en la primera lectura, lleva esta enseñanza a una aplicación muy concreta. Advierte que la participación en la Eucaristía no es una realidad privada ni dividida. Compartir el Cuerpo y la Sangre de Cristo significa ser introducidos en comunión con Él y también unos con otros. No puede haber una doble fidelidad; no puede existir la “copa del Señor” junto a otras lealtades que debilitan la integridad del corazón.

A la luz de esto, la idolatría no consiste solamente en

adorar a los dioses antiguos, sino en cualquier cosa que desplace a Cristo como fundamento de nuestra vida. Puede ser algo sutil: buscar el éxito sin la verdad, la comodidad sin el sacrificio o una religión sin conversión. Estas son las “arenas” que lentamente erosionan la estabilidad espiritual.

Sin embargo, Pablo también nos habla implícitamente de la misericordia. El mismo Señor que nos llama a la fidelidad es quien pacientemente nos restaura cuando fallamos. Su paciencia no es permisividad, sino una fuerza constante que sigue invitándonos a regresar a lo que es verdadero y permanente. La roca no se mueve aunque nosotros nos hayamos alejado.

Construir sobre Cristo es, por tanto, una decisión diaria: permitir que su palabra juzgue nuestras elecciones, dejar que su Eucaristía modele nuestra unidad y aceptar que su misericordia nos restaure cuando tropezamos. Este es el trabajo silencioso del discipulado, muchas veces invisible, pero decisivo.

Se cuenta la historia de un jardinero que plantó dos

árboles jóvenes al mismo tiempo. Uno fue plantado en tierra poco profunda y pedregosa; el otro, en un terreno profundo donde sus raíces podían extenderse libremente. Durante años ambos crecieron y parecían saludables. Pero cuando llegó una larga temporada de fuertes vientos, el primero fue arrancado de raíz, mientras que el segundo permaneció firme. Quienes observaban comprendieron entonces que la fortaleza de un árbol no depende solamente de lo que se ve por encima del suelo, sino de la profundidad de sus raíces. De la misma manera, nuestra vida espiritual permanece firme cuando está profundamente arraigada en Cristo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, por el cual Cristo nos fortalece como nuestro fundamento seguro y nos reúne en una sola comunión alrededor de su mesa, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que te presentamos,
y por este santo intercambio
haznos firmes en la fe y sinceros de corazón,
para que, participando del cáliz de Cristo,
vivamos en una fidelidad indivisa hacia Él
y permanezcamos sólidamente arraigados en la verdad
del Evangelio. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, nuestro Señor.
Porque tú lo has establecido
como fundamento seguro que jamás falla,
como la Palabra viva que guía a tu pueblo en la verdad
y como el Pan de Vida que lo fortalece en la comunión.

Por medio de su enseñanza, nos llamas a construir
no sobre seguridades pasajeras,
sino sobre la roca firme del discipulado fiel.

Por medio de su Eucaristía, nos reúnes en un solo cuerpo
y nos liberas de toda lealtad dividida.

Cuando nos alejamos o edificamos sobre lo que no puede
durar, tu misericordia nos llama pacientemente de nuevo
a aquello que es verdadero, permanente y fuente de vida
en tu Hijo.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, que nos fortalece sobre la roca firme de
Cristo, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz
en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia
y firmemente establecidos en tu verdad, vivamos siempre
libres de pecado y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú permaneces como la roca firme de tu
Iglesia y la luz que nunca falla, que nos guía a través de
las tormentas de la vida; no mires nuestros pecados ni
nuestras lealtades divididas, sino la fe de tu pueblo,
que busca construir su vida sobre tu palabra.

Concédenos bondadosamente la paz que brota de
corazones arraigados en ti
y la unidad que nace de compartir un mismo Pan y un
mismo Cáliz.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es aquel que permanece como nuestro fundamento seguro y nuestro guía fiel en medio de toda tormenta. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La Eucaristía que hemos recibido no es solamente un don sagrado, sino también una llamada a una mayor integridad de vida. Cristo se nos entrega para que nuestros corazones ya no estén divididos y para que nuestras vidas descansen firmemente en Él. Como un faro que guía a los navegantes en medio de la oscuridad, su presencia no elimina todas las tormentas, pero sí ofrece luz y dirección dentro de ellas. Fortalecidos por su palabra y alimentados en su mesa, somos enviados a vivir con firmeza, fidelidad y confianza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor, arraigue profundamente en nuestros corazones, para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, perseveremos en un discipulado fiel, permanezcamos unidos en la verdad y en la caridad, y nos mantengamos firmes sobre Cristo, nuestro fundamento eterno.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca sobre la roca de Cristo, los sostenga en toda prueba y conserve sus corazones fieles a su palabra y a su presencia eucarística. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida firmemente cimentada en Cristo y fiel a la comunión que han recibido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que nos sostiene en la vida no es aquello que simplemente parece fuerte por fuera, sino lo que está firmemente arraigado en Cristo en nuestro interior. Su palabra, su misericordia y su Eucaristía son la roca que nos permite afrontar toda tormenta con fe, perseverancia e integridad.